

DON ALFONSO NORIEGA, UN GRAN SEÑOR

Jorge CARPIZO

Del maestro don Alfonso Noriega Cantú se pueden expresar mil y mil conceptos, anécdotas e historias. Si tuviera que concretar cuál fue la característica esencial de su existencia, sin ninguna duda, expresaría que la sabiduría. Fue, indudablemente, un hombre sabio, que supo vivir muy bien, para su familia, para sus semejantes y para sí.

Don Alfonso Noriega fue un gran abogado, un gran maestro, un gran escritor y un gran universitario.

Como abogado fue uno de los más brillantes de su generación. Amó a su profesión y la entendió como un instrumento para ayudar a realizar la justicia y la equidad. Con cuidado estudiaba los casos jurídicos que aceptaba representar. Con pasión defendía a sus clientes porque nunca aceptó defender un caso si no estaba seguro que la razón y el derecho le asistían. Sólo no era bueno al momento de pasar la cuenta de sus honorarios: no le interesó acumular dinero. Le interesó acumular únicamente los bienes que pulen y afinan el espíritu, los dones que hacen que el hombre sea realmente hombre.

Como abogado llegó a la categoría de jurista, de quien alcanza la sabiduría jurídica, de quien armonizando la práctica y los conocimientos logra poseer el criterio jurídico para interpretar cabalmente las normas.

Ya muy enfermo, su médico le ordenó internarse en un hospital. Aceptó, pero le manifestó que antes tenía que obtener la libertad de una persona que se encontraba ilegalmente privada de ella. Así fue. Él personalmente acudió a la prisión para verificar que esa persona obtuviera la libertad y posteriormente se dirigió al hospital, del cual ya no salió con vida.

Don Alfonso Noriega fue un gran maestro. Fue un enamorado de su cátedra. Probablemente donde sus cualidades alcanzaron la cima fue precisamente en el salón de clases.

Cátedra profunda por el amplio y vasto conocimiento que el maestro tenía de sus materias: el juicio de amparo y los derechos humanos.

Pocos juristas han llegado a dominar esas materias como él. Sin embargo, no se concretó a los aspectos jurídicos de ellas sino que investigó su historia, su filosofía, su sociología.

Sus clases eran sumamente amenas. Salpicadas de anécdotas que ayudaban al alumno a retener los conceptos. El maestro conocía cómo llegar a la mente de sus alumnos y sembrar en ellas un sinnúmero de inquietudes.

Era muy amable con sus alumnos, convivía con ellos, platicaba y discutía. A través de los años formó a muchos de los mejores constitucionalistas y "amparistas" del país. El maestro no sólo informaba sino formaba a sus alumnos en el amplio campo del derecho. Recomendaba lecturas y charlaba sobre los más diversos temas: los problemas de México, de la Universidad Nacional, de historia, pintura, literatura y de las artes en general.

Poseyó en grado superlativo la ciencia del buen platicar. Era ameno como pocas personas he conocido. Salpicaba sus pláticas con divertidas frases y epigramas.

Don Alfonso Noriega fue un gran escritor. Afortunadamente para México, su sabiduría quedó plasmada en sus libros. Obras sobre los temas más diversos: el juicio de amparo, los derechos humanos, las instituciones constitucionales, la evolución política de su país, los problemas universitarios y diversos estudios sobre literatura.

Su espíritu universal y profundo lo hizo meditar sobre esos grandes temas y toda su sabiduría la virtió en páginas y páginas escritas. Nos queda la obra y el pensamiento de uno de los mejores mexicanos del siglo XX.

Don Alfonso Noriega fue un gran universitario. Nadie lo duda. Una de las grandes pasiones, quizás la más grande de su existencia, fue la Universidad Nacional. Sentía gran cariño y devoción por su Casa de Estudios. La vivía a diario y la defendió cuantas veces fue necesario. Fue universitario de la talla de don Antonio y don Alfonso Caso, de don Eduardo García Máynez y de don Mario de la Cueva.

En múltiples ocasiones antepuso su Universidad a todo y a todos. Durante el conflicto estudiantil de 1968, escribió con gallardía en defensa de su Universidad. Uno de sus artículos hizo que se le pidiera su renuncia al cargo que ocupaba en la administración pública. Poco le importó aquello y continuó defendiendo a su Universidad.

Fue maestro de la Facultad de Derecho por más de cuatro décadas y estuvo muy cerca del Instituto de Investigaciones Jurídicas como miembro de su Comisión Dictaminadora. Ocupó todos los principales cargos

que existen en la Universidad Nacional: encargado de la Rectoría, secretario general, oficial mayor, director de la Facultad de Derecho y miembro de la Junta de Gobierno.

El maestro don Alfonso Noriega vivió y murió muy bien. Vivió muy bien porque fue un hombre socialmente muy valioso, que benefició mucho a su prójimo, que se esforzó por sobresalir en todas las empresas en que intervino y lo logró. Fue un hombre feliz porque luchó mucho por serlo. Aun en los momentos más difíciles de su vida fue optimista, le encontraba los aspectos positivos a las más diversas situaciones. Su carácter amable y alegre ayudaba a superar los momentos complicados.

Ayudó mucho a su felicidad que supo construir un hogar feliz. Fue un buen esposo, un buen padre, un buen abuelo y un buen suegro.

Ayudó mucho a su felicidad que supo ser un gran amigo.

Ayudó mucho a su felicidad que tuvo como norma de su vida: el honor, la honestidad y la dignidad.

Ayudó mucho a su felicidad que dedicó su vida a lo que era realmente su vocación: la docencia, la investigación y la vida universitaria en general.

Ayudó mucho a su felicidad que con generosidad auxilió a todos cuanto pudo, se "dio" a sus semejantes.

Y el destino le deparó la fortuna de morir feliz, como había sabido vivir. Murió rodeado de afecto y admiración. Murió riendo y contento al estar bromeando con las enfermeras que lo atendían.

Al maestro don Alfonso Noriega le hubiera gustado ver cómo su Universidad y su Facultad lo despedían de la vida. Los maestros y los estudiantes espontáneamente hicieron la valla por la cual pasó el féretro y después fueron guardias y más guardias. Al partir del Auditorio el féretro, se entonaron una y otra "goya" y otra más. Fue una de las despedidas universitarias más bellas que he presenciado, y quizás la más espontánea. Fue una muestra clara de cariño que le tenía su Facultad, pero no sólo su Facultad, sino su Universidad porque al saberse la noticia de su fallecimiento y del homenaje de cuerpo presente en la Facultad de Derecho, de todos los confines universitarios acudieron muchas, pero muchas personas para adherirse a esa muestra de cariño, respeto y admiración.

Tuve el privilegio de gozar de la amistad del maestro don Alfonso Noriega. De él aprendí mucho, no sólo en el aspecto jurídico y universitario sino también en su concepción de la existencia. Siempre me ayudó y apoyó. Con el paso de los años, la amistad personal entre los

dos se volvió familiar. Nuestras familias se conocieron y se formaron vínculos muy cercanos, de aquellos que enriquecen la vida, de aquellos que reafirman la confianza y la fe en las relaciones humanas. La familia Noriega es mi familia. Además de todos los inmensos dones que recibí del maestro don Alfonso Noriega durante su vida, después de ella, su presencia en mi existencia es muy grande a través de su ejemplo y de su pensamiento y a través del cariño mutuo que existe con su familia.

Por diversas razones considero que he sido muy afortunado. Una de ellas es haber podido convivir muy de cerca y tener verdadera amistad con personas de la talla del maestro don Alfonso Noriega, a quien, con estas líneas, recuerdo y rindo homenaje, pero especialmente le agradezco que haya sido como fue: un gran Señor, así de simple y así de inmenso, un gran Señor.